

La Fidelidad y las Tentaciones de la Arquidiócesis

Hace tres meses Mons. Romero fue asesinado y la Arquidiócesis se quedó sin Monseñor. Mons. Romero no fue la totalidad de la Arquidiócesis, pero se convirtió en la expresión pública de su mejor realidad y con su ejemplo empujó decididamente a que toda la Iglesia de la Arquidiócesis tomará una clara opción por los pobres y se pusiera al servicio de lo mejor del proyecto popular.

En los días posteriores a su martirio abundó el dolor y la indignación, pero también el orgullo y aun la euforia por su martirio. En aquellos primeros momentos apareció en primer término la exaltación del mártir y del héroe, pero ello ocultó la gran verdad de la que fueron bien conscientes sus asesinos: el carisma personal de Mons. Romero es insustituible y su desaparecimiento se haría notar grandemente en la Arquidiócesis.

Tres meses dentro de largos periodos históricos no son, en tiempos de normalidad, demasiado significativos. Ni siquiera en la angustiosa situación actual del país son determinantes para evaluar la actuación de la Arquidiócesis. Pero, debido a la densidad histórica de este período y a la importancia de la Arquidiócesis para la Iglesia y para el país, tampoco puede ignorarse la cuestión de si la Arquidiócesis está siendo fiel al testamento que le legó Mons. Romero. En conjunto creemos que después de su asesinato hubo un silenciamiento progresivo de su palabra y su opción al nivel de la alta dirigencia eclesial, mientras que en las últimas semanas se están notando claros signos de recuperación.

Comencemos con los problemas de la Arquidiócesis. En los dos meses subsiguientes al asesinato de Mons. Romero ha habido signos de deterioro eclesial, que a su vez son síntomas de las tentaciones de fondo que se le presentan a la Arquidiócesis. La palabra veraz y orientadora de Mons. Romero, vehículo fundamental de su pastoral, se fue devolviendo progresivamente. ORIENTACION y la YSAX pasaron va-

rias semanas sin decir nada significativo sobre el país. Las homilias dominicales perdieron en vigor y concreción en la denuncia; y desapareció sobre todo el elemento de orientación positiva sobre la situación socio-política del país, más en concreto, el enjuiciamiento que Mons. Romero hacía de los tres proyectos políticos, como él los denominaba. El comunicado del Arzobispado después de los trágicos sucesos acaecidos en su funeral no pronunció una palabra clara y orientadora, como lo esperaba el pueblo en presencia de la propaganda oficial que los tergiversó y falseó.

La ausencia de una clara palabra orientadora causó además desencanto y desorientación entre los cristianos y el pueblo, y facilitó que saliera a luz la derechización de varios miembros del clero, minando con ello la unidad lograda por Mons. Romero entre los agentes de pastoral.

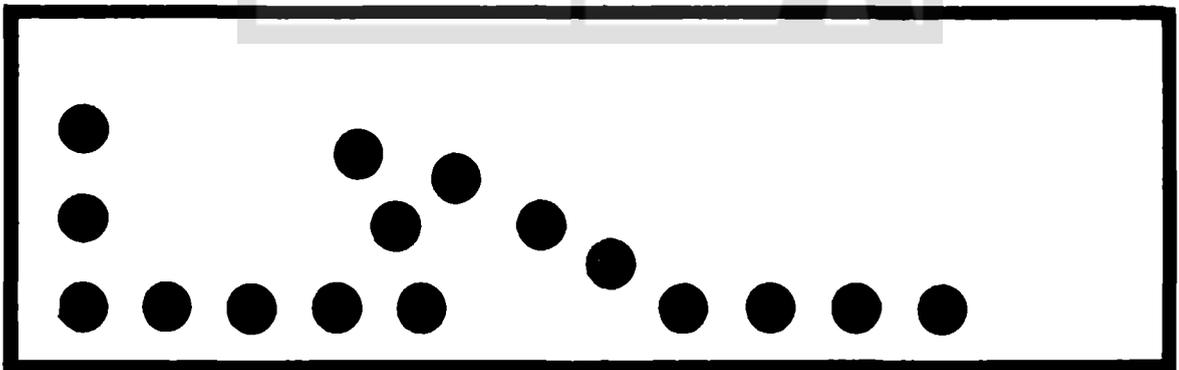
Estos hechos ni son los únicos ni muestran que la Arquidiócesis en su totalidad hubiese cambiado sustancialmente su orientación, pero sí indican que ha pasado y pudiera seguir pasando por momentos difíciles de encontrar su identidad y su misión, y que ello puede ser una tentación permanente. Que la misión de la Arquidiócesis sea difícil es evidente, y por ello hay que ser comprensibles si no actúa siempre con la decisión y rapidez que muchos desearían. Pero es importante no justificar las comprensibles limitaciones en nombre de falsos principios cristianos, ni hacer pasar por virtud lo que son también comprensibles fallos humanos. Por ello decimos que la Arquidiócesis ha pasado por un momento de "tentación" y no simplemente de dificultad; porque pudiera elegir una dirección distinta a la de Mons. Romero invocando para ello algo supuestamente bueno.

Existe en concreto una primera tentación fundamental que no es otra que la correcta relación con la figura de Mons. Romero. Para esclarecer qué hay aquí de tentación no se nos ocurre mejor paralelo, salvando todas las distancias, que la relación de la Iglesia con Cristo. Es evidente que la Iglesia nunca negará a Cristo directamente. Pero es evidente también que ha encontrado modos sutiles de desfigurarle y desvirtuarlo. Muchas veces ha insistido en la ortodoxia o ha organizado un culto alrededor del Cristo resucitado para abandonar el seguimiento de Jesús de Nazaret e incluso para propiciar prácticas contrarias a las de Jesús.

Algo semejante puede ocurrir con Mons. Romero y de hecho ha ocurrido ya abundantemente fuera de la Arquidiócesis. Después de su martirio muchos alabaron su figura, mientras en vida lo abandonaron o lo atacaron. No hace falta más que recordar las condolencias de muchos gobiernos, curias e instituciones. La Arquidiócesis ciertamente no reaccionó así. Pero no ha desaparecido la tentación de seguir hablando de Mons. Romero y de honrarle como mártir, pero no de proseguir su obra. Ha existido la tentación en algunos de presentizarlo en escritos y panegíricos, pero no de mantener su "memoria peligrosa". Ha existido la tentación de presentar sus virtudes a tal nivel de universalidad que se olvidase su modo concreto de actuar y la opción pastoral

que él adoptó para la Iglesia y para el país. Y esta tentación fundamental se traduce en una serie de tentaciones que se le presentan a la Iglesia a partir de principios en sí legítimos, pero ambiguos si no se concretizan como lo hacía Mons. Romero. Es tentación entonces recordar el necesario ideal de la unidad eclesial si esa unidad no se logra como fruto de una misión en favor de los oprimidos, en la inserción en el conflicto del país y en el común dolor y sufrimiento de los salvadoreños. Es tentación defender los legítimos derechos de la Iglesia institución, si antes la Iglesia no se dedica a defender los derechos, aún más primarios, de los hombres y mujeres oprimidos y reprimidos en el país. Es tentación juzgar de un proyecto socio-político según le vaya bien o mal a la Iglesia, si no se recuerda que la última justificación de un proyecto socio-político es el bien del pueblo. Es tentación organizar la necesaria pastoral asistencial en tiempos de conflicto, aun armado, si la Iglesia no asiste a la globalidad del conflicto y no se hace presente en el terreno fundamental del proceso. Y sería también tentación si la Iglesia usara de su palabra para denunciar el pecado de la sociedad —lo cual debe seguir haciendo—, pero no acompañara a la palabra de denuncia la palabra orientadora sobre dónde hay más justicia, más posibilidades de solidaridad y de paz duraderas. Dicho en general, es tentación recordar la necesaria transcendencia de la fe y no encarnarse, como hacía Mons. Romero, en la realidad actual, conflictiva y peligrosa. Y es tentación recordar la necesaria universalidad de la fe y no optar eficazmente por los pobres y concretar esa opción, como lo hizo Mons. Romero, favoreciendo, aunque críticamente, un proyecto popular.

Estas son, dicho de forma muy esquematizada, las tentaciones estructurales de la Arquidiócesis después del asesinato de Mons. Romero. Y se ven además reforzadas porque la desaparición de Mons. Romero da mayores posibilidades de influjo en la Arquidiócesis a los otros Obispos del país y a la curia vaticana. La muerte de Mons. Romero ha supuesto el desaparecimiento de un obstáculo para una política eclesial mucho más "equilibrada" y mucho menos "comprometida". Sin Mons. Romero esa política eclesial se impone más fácilmente por su propia inercia, pues también la Iglesia tiende a lo fácil, a lo conocido y a lo seguro.



Dos cosas parecen claras en las actuales directrices vaticanas, que serían gustosamente secundadas por los otros obispos del país: 1) conseguir la unidad intraeclesial, o, más exactamente, intraepiscopal a cualquier precio, y 2) evitar que la Iglesia propicie o colabore en un proceso socio-político que pudiese desembocar en un nuevo tipo de sociedad similar a la de Nicaragua, por no mencionar a Cuba. El poner estos límites absolutos a la actuación de la Iglesia no cabe duda de que supone una gran presión sobre la Arquidiócesis y no facilita la superación de las tentaciones descritas.

Además, la prolongada interinidad de Mons. Rivera como Administrador Apostólico, a quien la curia vaticana no se decide a nombrar Arzobispo, el poco aliento proveniente de Roma hacia una Arquidiócesis mártir, que debiera merecer un mejor trato, son sin duda dificultades objetivas para la Arquidiócesis. Muchos se preguntan si en Roma entendieron en verdad a Mons. Romero y si aprobaron su gestión, o si realmente prefieren otro tipo de Arquidiócesis. Y muchos se preguntan también si en Roma están esperando a ver el desenlace del proceso político para nombrar entonces un Arzobispo que supiese manejar suficientemente bien las relaciones Iglesia-Estado con ventajas políticas para ambos, o si hay decisión de nombrar definitivamente y apoyar a un Arzobispo que cristianamente tiene que optar por la causa popular, tiene que poner a la Iglesia en medio del dolor y la persecución del pueblo, tiene que arriesgar como arriesga el pueblo.

Hasta aquí los problemas de la Arquidiócesis. Sería ingenuo negar estas tentaciones y estas presiones o sorprenderse ante ellas. Pero sería también injusto afirmar que la Arquidiócesis ha caído sin más en esas tentaciones o ha cedido a esas presiones, y mucho más injusto sería reducir la realidad de la Arquidiócesis a sus problemas. Es cierto que a Mons. Romero se le ha intentado recuperar por sistemas políticos y eclesiásticos. Pero no es menos cierto que sigue viviendo también en muchos cristianos, que la dirección general de la Arquidiócesis se va paulatinamente reorientando según su opción pastoral. Por ello hay que hablar también de la fidelidad de la Arquidiócesis y no sólo de sus tentaciones.

Desde el martirio de Mons. Romero muchos cristianos se han visto confirmados en su fe y en su decisión de seguir luchando por una Iglesia de los pobres y un proyecto popular para el país. "Vayamos y muramos con él", han dicho muchos cristianos en su corazón. Muchos sacerdotes, religiosos y muchísimas religiosas que trabajan en la pastoral directa junto al pueblo pobre mantienen viva y actuante su memoria. En los momentos actuales, conflictivos y llenos de riesgos personales, muchos se han decidido a "quedarse", a acompañar y servir al pueblo. Numerosas instituciones eclesiales o de inspiración cristiana, como la CONFRES, la Federación de Colegios Católicos, el Socorro Jurídico del Arzobispado, la UCA etc., siguen trabajando en la línea de Mons. Romero. La reciente creación del Comité Ecuménico de Ayuda Humanitaria y del Comité Ecuménico Salvadoreño muestra la unificación de esfuerzos entre los cristianos para defender la causa

de los pobres, organizar tareas asistenciales y orientar al pueblo cristianamente, invocando explícitamente a Mons Romero para encontrar el sentido y dirección en esas tareas.

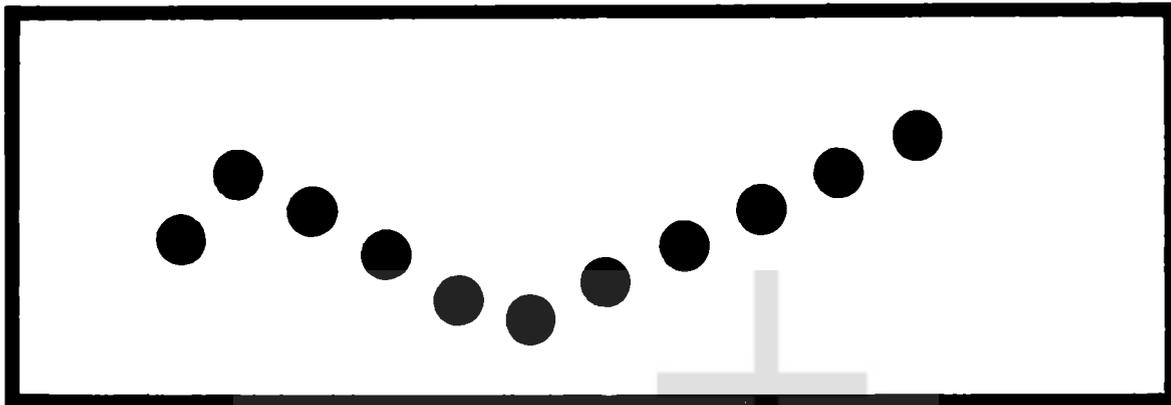
También las instancias oficiales u oficiosas del Arzobispado están paulatinamente convirtiéndose en voz clara de denuncia e indirectamente —aunque no con la claridad de Mons. Romero— en positiva orientación para el pueblo. ORIENTACION y la YSAX sobre todo está presentando y comentando la verdad del país, el significado de los acontecimientos eclesiales y políticos. Está prestando además un servicio inapreciable al decir la verdad sobre la represión, dejando que testigos oculares cuenten las masacres de Sumpul, Aguilares, La Fosa etc. Dado el Estado de Sitio y la censura, la YSAX es la única voz que puede dirigirse al pueblo masivamente y está cumpliendo su misión. También las homilias dominicales, a veces tímidamente y aun con ambigüedad, pero a veces con suficiente claridad para el buen entendedor están denunciando la mala gestión del actual gobierno y presentando al Frente Democrático Revolucionario al menos como alternativa seria para el país. En momentos conflictivos y en la búsqueda de diálogo se ha vuelto a pedir la mediación de la Arquidiócesis.

Y si estos signos y realidades no bastasen, sigue acaeciendo el último principio de verificación de la autenticidad de la Iglesia: la persecución. Siguen los ametrallamientos, los cateos y las bombas en casas religiosas, en colegios católicos y en conventos parroquiales. Siguen los atentados a la YSAX, aunque esta vez no explotasen las candelas de dinamita que lanzaron en sus oficinas; siguen las bombas a la UCA, que suman ya once, cuatro de las cuales explotaron en el último medio año.

Y siguen los mártires de la Iglesia. La sangre de los cristianos se sigue mezclando con la sangre del pueblo, como decía con orgullo Mons. Romero. Junto a los innumerables mártires del pueblo y de los cristianos de la base, catequistas y sacerdotes siguen derramando su sangre generosa. El Padre franciscano Cosme Spesotto, párroco de San Juan Nonualco murió asesinado cuando rezaba preparándose para celebrar la eucaristía. Unos días antes había pronunciado una homilía condenando la represión al pueblo.

La Arquidiócesis, por lo tanto, no está desanimada ni descabezada. La sustancia cristiana, cultivada durante muchos años por Mons. Chávez y su entonces auxiliar Mons. Rivera, y enraizada profundamente por Mons. Romero, sigue dando frutos cristianos. Por ello hablamos también de la "fidelidad" de la Arquidiócesis.

La situación de la Arquidiócesis es por lo tanto compleja. Para nosotros el dato primario para comprenderla sigue siendo la opción de muchísimos cristianos por los pobres y la persecución que sigue sobreviniendo. Sin embargo no se puede ignorar tampoco la tentación de recuperar interesadamente la memoria de Mons. Romero. Si nos hemos detenido en analizar esa tentación es porque, al desenmascararla, mejor se puede superar. Y porque sería una catástrofe para la Iglesia y para el país el que la Arquidiócesis cayera en ella.



Es muy necesario que la opción real de los cristianos tome cada vez más cuerpo en las manifestaciones oficiales de la Arquidiócesis, superando un aparente universalismo pastoral y una aparente neutralidad socio-política. Es necesario el robustecimiento de la unidad en la Arquidiócesis en la línea de la Iglesia de los pobres según Medellín y Puebla. Y es necesario que en el Vaticano entiendan que sólo esa Iglesia hace justicia al evangelio y que, incluso al nivel de eficacia política, sólo esa Iglesia tendrá poder social ante el pueblo, grupos y partidos políticos y ante el mismo gobierno; tendrá capacidad de humanizar cualquier proyecto político y tendrá capacidad de negociar y mediar para suavizar conflictos sociales. Y ojalá entiendan también en el Vaticano la urgente necesidad de configurar una Conferencia Episcopal al servicio de los intereses del evangelio, de los pobres y del pueblo salvadoreño, y no de sus propios intereses o, peor aún, de quienes defienden una hipócrita "civilización occidental cristiana".

Una Iglesia, evangélicamente fuerte e influyente, sigue siendo muy importante para la Iglesia misma y para el país. Es muy importante que la Iglesia siga optando pastoralmente por los pobres. Y en la situación límite de El Salvador es muy importante que la Iglesia opte también, desde su propia especificidad, por un determinado proyecto socio-político. Si lo hace el pueblo salvadoreño se lo agradecerá y seguirá viendo en la Iglesia algo suyo y propio de la realidad salvadoreña. Si no lo hiciera algún día le pedirá cuentas.

Hacer y mantener esta opción pastoral y traducirla en lo socio-político no es cosa fácil. Supone una constante conversión de la Iglesia, la lucidez y valentía para no sucumbir a las tentaciones y no ceder a las presiones. La Arquidiócesis tiene sus propios recursos para mantenerse en esa opción, como lo ha mostrado abundantemente en los últimos tres años. Pero para no flaquear en esta tarea, mencionemos las palabras de esperanza y acicate de Mons. Romero:

"Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz" (18.11.1979).

30 de junio, 1980